

## CAPÍTULO XX

*Asedio de Pedneliso por los selgueos. – Socorro que envía Aqueo a los sitiados, bajo la conducción de Garsieris. – Derrota de los selgueos por este general. – Alevosía de Logbasis, descubierta y castigada por los selgueos. – Convenio entre éstos y Aqueo. – Conquistas de Átalo.*

En el transcurso del mismo verano (año -220), los pedneliseos sitiados y estrechados por los selgueos, enviaron a Aqueo por auxilio; y oída por éste favorablemente su embajada, sufrían el asedio con constancia, fiados en la esperanza del socorro. Efectivamente, Aqueo les envió sobre la marcha seis mil infantes y quinientos caballos, bajo la conducción de Garsieris. Mas los selgueos, que supieron la llegada de este refuerzo, ocupan anticipadamente las gargantas próximas a

Climax con la mayor parte de sus tropas, se apoderan de la entrada de Sapodra, y cortan todos los caminos y travesías que a ella conducían. Garsieris entró por fuerza en Milíade, y sentó su campo a la vista de Cretópolis; pero advirtiendo que tomados los puestos por el enemigo, era imposible pasar adelante, usó de este ardid de guerra. Volvió sobre sus pasos, aparentando que desistía de llevar el socorro, a la vista de estar tomados los desfiladeros. Los selgueos, creyendo incautamente que Garsieris se retiraba desesperanzado, unos se fueron al campamento, otros a la ciudad, porque instaba la recolección de las mieses. Mas éste vuelve pies atrás, y después de una marcha forzada llega a aquellas cordilleras, las encuentra sin defensa, las guarnece con piquetes, y deja a Faulo para su custodia. Él, mientras marcha con el ejército a Perge, y envía desde allí varias embajadas a los otros pueblos de Pisidia y Panfilia, para representarles el insufrible poder de los selgueos, animarles a contraer alianza con Aqueo, y acudir al socorro de los pedneliseos.

Entre tanto los selgueos, confiados en el conocimiento que tenían del país, creyeron que, con destacar allá un capitán con un cuerpo de tropas, aterrarían a Faulo, y le desalojarían de sus puestos. Pero lejos de conseguir el intento, perdieron mucha gente en los ataques; de suerte que renunciando a esta esperanza, insistieron en el asedio y construcción de las obras, con más empeño que hasta entonces. Los eteneos, pueblo de Pisidia que habitan las montañas por cima de Side, enviaron a Garsieris ocho mil hombres pesadamente armados, y los aspendios cuatro mil. Los siditas, bien fuese por respeto a la amistad de Antioco, o más bien por el odio que profesaban a los aspendios, no entraron a la parte en el socorro. Garsieris, con estos refuerzos y las tropas que él tenía, se aproximó a Pedneliso, persuadido de que con sólo presentarse haría levantar el sitio; mas viendo que no había hecho impresión su venida en los selgueos, se atrincheró a una distancia proporcionada. Entre tanto, como el hambre hostigaba a los sitiados, dispuso introducir por la noche en la plaza dos mil hombres con una medida de trigo cada uno, para remediar la escasez en lo posible. Los selgueos, que supieron el propósito, sálenles al encuentro, y se apoderan de todo el convoy, después de haber dado muerte a la mayor parte de los que le traían. Fieros con este suceso, intentaron no sólo continuar el cerco de Pedneliso, sino sitiarse a Garsieris en su mismo campamento: tan temerarias y arriesgadas son siempre en la guerra las decisiones de los selgueos. Para ello, dejada en su campo la guarnición necesaria, distribuyen las restantes en varios puestos, y atacan con vigor el del enemigo. Garsieris, que se vio invadido de improviso por todas partes, y aun por algunas arrancada ya la empalizada, desesperanzado de todo remedio, destacó la caballería a cierto puesto que no estaba custodiado. Los selgueos creyeron que estas gentes se retiraban atemorizadas y por evitar el peligro, y sin hacer caso los dejaran ir simplemente. Pero a poco rato esta caballería rodea al enemigo, le ataca por la espalda y carga sobre él toscamente. Con este suceso recobra el ánimo la infantería de Garsieris, que aunque ya deshecha, vuelve a defenderse de los que la atacaban; y los selgueos rodeados tienen que emprender la huida.

Al mismo tiempo los pedneliseos dan sobre los que habían quedado en el real, y los desalojan. Finalmente, declarada la fuga por todas partes, quedaron diez mil sobre el campo. De los que se salvaron, los aliados se retiraron a sus casas, y los selgueos escaparon por las montañas a su patria. Garsieris levantó el campo, y siguió el alcance. Todo su anhelo era cruzar los desfiladeros y aproximarse a Selga antes que los fugitivos le detuviesen o deliberasen sobre su llegada. Efectiva-

mente, llegó con sus tropas a la vista de la ciudad. Los selgneos, sin esperanzas de socorro en sus aliados por el común desastre, y abatidos con la precedente derrota, temían por sí y por su patria. Bajo esta consideración llamaron a junta, y decidieron enviar por embajador a Lógbasis, uno de sus ciudadanos. Este personaje había sido muy amigo y huésped de aquel Antíoco que murió en Tracia; había tenido en depósito a Laódice, mujer que había sido después de Aqueo, la había criado como a hija y la había amado tiernamente. Por eso ahora los selgneos le diputaron, creyendo no podían elegir mejor intercesor en tales circunstancias. Efectivamente, fue a una conferencia privada con Garsieris, y lejos de procurar la salud de su patria, como era de su obligación, por el contrario exhortó a Garsieris a que diese parte cuanto antes a Aqueo de que él se encargaba de poner la ciudad en sus manos. Garsieris abrazó con gusto la propuesta, y escribió a Aqueo dándole cuenta de lo que sucedía para que viniese. Entre tanto, concertada una tregua con los selgneos, difería siempre la conclusión del tratado, moviendo dificultades y pretextos sobre cada una de sus condiciones, para esperar mientras a Aqueo, y dar tiempo a Lógbasis de conferenciar y disponer su propósito.

En el transcurso de estas sesiones, la frecuente comunicación que había entre unos y otros engendró cierta libertad en las tropas de pasar del campo a la plaza para tomar víveres; libertad que, después de repetida ya tantas veces, ha sido causa a muchos de su ruina. De suerte que, en mi concepto, el hombre, no obstante pasar por el animal más astuto, es el más fácil de ser engañado. ¿Cuántos campamentos, cuántas guarniciones, cuántas y cuán grandes ciudades se han perdido por esta poca cautela? Y a pesar de haber sucedido ya a muchos esta calamidad tan frecuente y notoria, permanecemos, sin saber cómo, siempre bisonños e inexpertos contra estos arbitrios. La causa sin duda es el que no cuidamos tener presentes los infortunios en que incurrieron nuestros mayores. Sufrimos fatigas, hacemos gastos para acumular víveres, reunir dinero, levantar murallas y fabricar armas para un caso extraordinario; y despreciamos la historia, que es el medio más fácil y el que nos provee de más recursos en las circunstancias desesperadas; y esto cuando de ella y de su manejo podríamos enriquecernos de estos conocimientos a costa sólo de un honesto recreo y entretenimiento. Efectivamente, Aqueo llegó al tiempo señalado. Los selgneos, después de haber conversado con él, concibieron magníficas esperanzas de que conseguirían el convenio más ventajoso. Pero entre tanto, Lógbasis iba reuniendo poco a poco en su casa los soldados que entraban desde el campo en la ciudad, y aconsejaba a sus ciudadanos que no dejasen pasar la ocasión; antes respecto a la humanidad que les había mostrado Aqueo, conferenciasen y llevasen a su conclusión el tratado. Así fue; se convocó a junta todo el pueblo para tratar del negocio presente, y aun se decidió llamar a los que estaban de guardia, ya que iban a finalizar el asunto.

Entonces Lógbasis, haciendo señal a los enemigos, prepara los soldados que tenía reunidos en su casa. Al mismo tiempo se dispone él, y arma a sus hijos para la acción. Aqueo, con la mitad de las tropas, se aproxima a la misma ciudad. Garsieris con la parte restante avanza hacia Cesbesio, templo de Júpiter, que domina ventajosamente la plaza y la sirve de ciudadela. Un cabrero advirtió por casualidad lo que pasaba, y dando cuenta a la junta, unos acuden rápidamente a Cesbesio, otros a los cuerpos de guardia, y el pueblo ciego de ira a la casa de Lógbasis; donde descubierta la traición, parte suben al tejado, parte fuerzan las puertas del vestíbulo y degüellan a Lógbasis, sus hijos y todos los demás que se hallaban dentro. Después publicaron libertad para los esclavos, y repartieron sus fuerzas

para ir a defender los puestos ventajosos. Garsieris, así que vio a los sitiados apoderados de Cesbesio, no continuó adelante. Aqueo intentó romper las puertas de la ciudad; mas con una salida que hicieron los cercados, le mataron setecientos hombres, e hicieron a los demás desistir del empeño; con lo cual Aqueo y Garsieris tuvieron que retirarse a su propio campo. Los selgueos, temerosos de alguna otra sedición intestina y del poder enemigo que tenían sobre sí, enviaron los ancianos de la ciudad con señales de paz para concertar un convenio. Efectivamente, acabó la guerra con estas condiciones: *que pagarían de contado cuatrocientos talentos, restituirían a los pedneliseos sus prisioneros y, pasado algún tiempo, añadirían a la suma otros trescientos talentos.* De este modo los selgueos liberaron con su valor la patria del peligro en que la había puesto la maldad de Lógbasis, sin deslucir la nobleza y parentesco que tenían con los lacedemonios.

Aqueo, después de haber reducido a Miliade y la mayor parte de Panfilia, levantó el campo y marchó a Sardes, donde sostuvo una guerra continua con Átalo, amenazó a Prusias, y se hizo temer y respetar de todos los pueblos de esta parte del monte Tauro. Mientras que Aqueo se hallaba ocupado en la expedición contra los selgueos, Átalo con un cuerpo de gálatas egosagnos corría las ciudades de la Eólida y todos los pueblos próximos que por temor se habían puesto antes bajo la obediencia de Aqueo. La mayor parte de éstas se le rindieron voluntariamente y con gusto; pero algunas esperaron a la fuerza para entregarse. Entre las que se le rindieron de grado, fueron las primeras Cime, Esmirna y Focea. Egas y Temnita, temiendo que viniese sobre ellas, siguieron después el mismo ejemplo. Los teios y colofonios le enviaron embajadores para ofrecerle sus personas y ciudades. Átalo los recibió a su amistad bajo los mismos pactos que anteriormente, y les exigió rehenes; pero a los diputados de Esmirna los trató con particular agasajo, por haber excedido a todos en la fidelidad que le guardaron. Prosiguió después su camino, y atravesado el río Lico, penetró por los pueblos de la Misia. De aquí fue a Carsea, a cuya guarnición, así como a la de Didma, aterró tanto su llegada, que Temístocles, a quien Aqueo había dejado por gobernador de estos puestos, le entregó ambas fortalezas. Por último, entró talando los campos de Apia y, superado el monte Pelecante, sentó su campo en las márgenes del Megisto.

Durante su estancia en este lugar, se produjo un eclipse de luna, y los gálatas que ya sufrían con impaciencia las molestias del camino, ya que hacían la guerra seguidos de sus mujeres e hijos conducidos en carros, se valieron de este presagio para no querer pasar adelante. Átalo no había obtenido de ellos servicio alguno importante; pero el marchar separados, el acampar aparte, su total inobediencia y su mucha altanería le pusieron en gran embarazo. Por un lado recelaba que, inclinándose al partido de Aqueo, no perjudicasen sus intereses; por otro temía cobrar mala fama si, cogidas como en una red, pasaba a cuchillo aquellas gentes que sólo por afecto habían pasado con él al Asia. Por eso valiéndose del pretexto que la ocasión le presentaba, les prometió por de pronto que los restituiría a donde los había sacado, que les asignaría terreno conveniente para establecerse, y para adelante que les concedería cuantas solicitudes estuviesen en su mano, si fuesen justas. De este modo restituyó estos egosagnos al Helesponto, y tratados con agasajo los lampsacenos, alejandrinos e ilienses, porque le habían sido fieles, se retiró después a Pérgamo con su ejército.